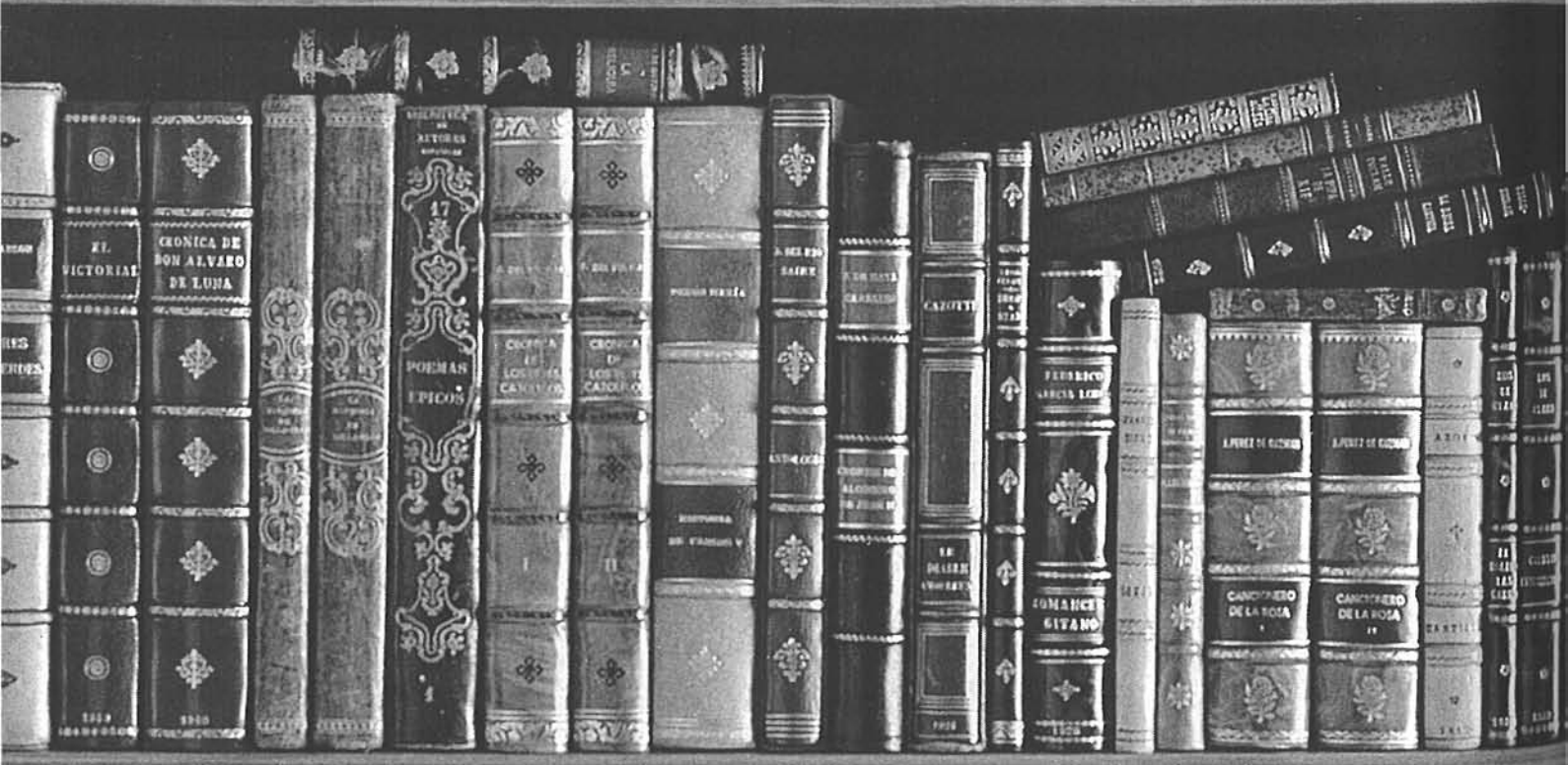
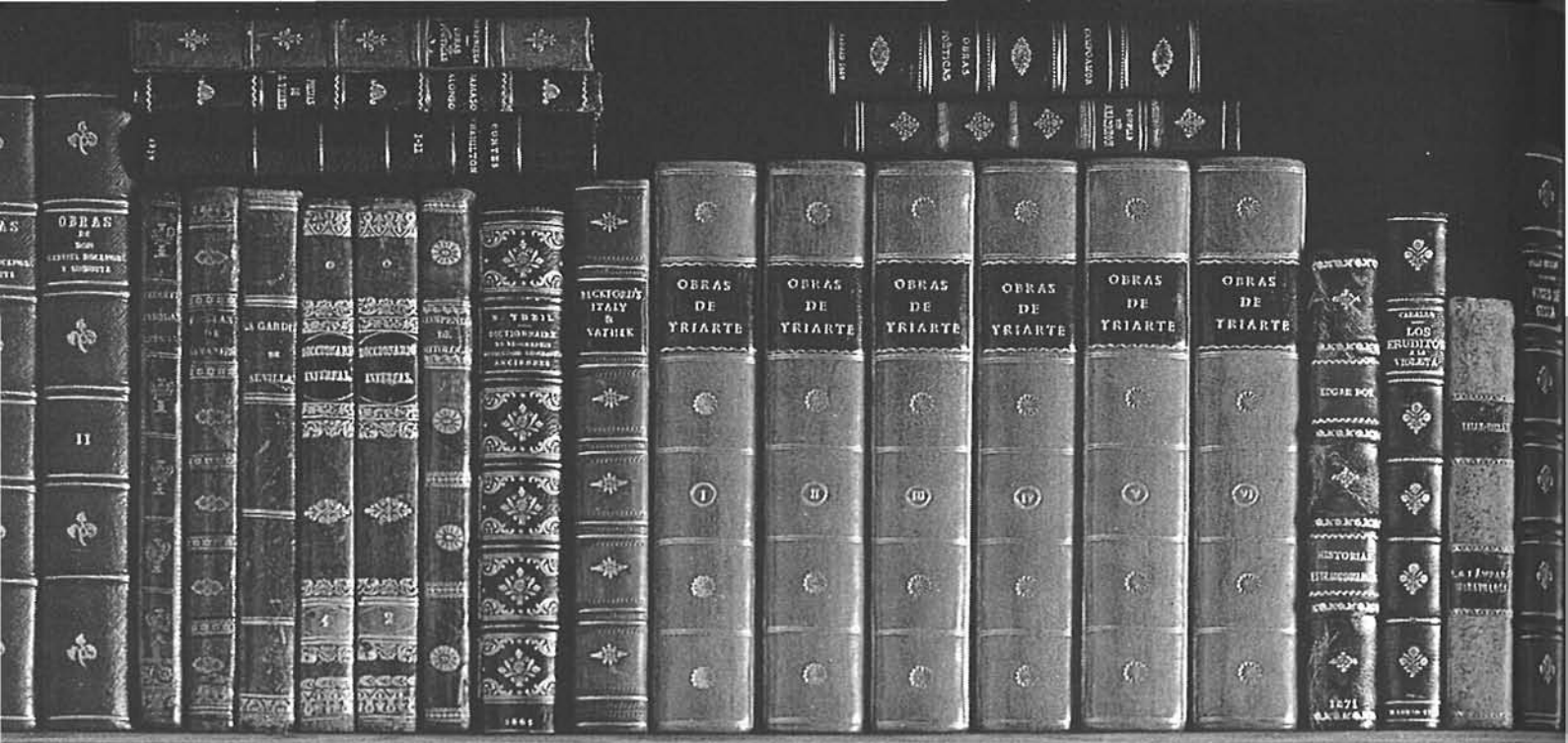


BIBLIOTECA



El presidencialismo mexicano*

Sin duda alguna, será breve el plazo de tiempo en el que permanezcan acostados los vientos levantados tras la publicación del último libro de Jorge Castañeda. La cercanía del proceso electoral para la renovación del titular de la presidencia mexicana –julio del año 2000– seguramente nos aportará más de un soplo editorial e incluso, alguna que otra ventolera.

Como no podía ser menos en un país en el que el peso de los rituales y de las ceremonias han dejado su huella en la arena de lo político, los comicios del año 2000 aparecen impregnados de toda suerte de predicciones y concitan un sinnúmero de esperanzas y miedos. Dentro del país, el cambio de guarismo parece indefectiblemente asociado al cambio de la titularidad del partido que detenta la presidencia de la república, aunque en realidad se verbalice impropriamente como el advenimiento de un cambio de régimen.

* Jorge G. Castañeda: La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México, Alaguara, México, 1999, 550 pp.

En el exterior, el eco de la distancia parece amplificar esos deseos.

No es para menos la expectación. El «exotismo» que representa el caso mexicano en las tipologías diseñadas desde fríos gabinetes por los más afamados politólogos ya justificaría *per se* el interés. El tópico habitualmente manejado entre los analistas internacionales de la prolongada estancia en una posición hegemónica del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fundamenta dicha singularidad. Pero eso no es todo. Por primera vez parece que recientemente se han producido severas modificaciones en el comportamiento político de la primera institución mexicana, la Presidencia de la República. El actual sexenio, –límite constitucional de los mandatos presidenciales–, ha traído múltiples novedades a la escena política cotidiana de los mexicanos. Sin duda alguna, entre las más importantes está la de terminar con una de las principales peculiaridades internas que coadyuvaban a la perpetuación del sistema, la sucesión presidencial mediante el tradicional «destape» del candidato oficial del PRI.

Si adoptamos este último elemento como perspectiva de análisis, ya tenemos la principal justificación de la obra. Hasta este momento, la mayoría de los trabajos que tomaban el presidencialismo mexicano como objeto de estudio carecían del adecuado aparato empírico que permitiera desmenuzar, más allá de las

referencias teóricas, la evolución y desarrollo del complejo proceso de transmisión del poder en la cúspide del sistema político. A esta novedad se le tiene que sumar la decisión del autor de incorporar a la obra los testimonios de los últimos cuatro ex presidentes vivos, lo que, además de representar una indiscutible originalidad en la manera de abordar el tema, muestra la magnitud de los cambios a los que están asistiendo la sociedad y la clase política mexicana. Sin duda alguna, el espacio concedido a las propias palabras de los ex mandatarios ubica al trabajo entre el conjunto de los cuerpos documentales que serán consultados en un futuro próximo por investigadores y analistas.

Más allá de este significativo aporte, la lectura del trabajo ofrece muchas posibilidades, ninguna de ellas desdeñable. De igual modo que Castañeda reclama el concepto de coyuntura para la segunda parte del ensayo, este mismo concepto es aplicable a la génesis del trabajo. En los actuales tiempos de cambio en las prácticas políticas de la primera magistratura del Estado, parece apropiado averiguar algo más de su comportamiento histórico con relación a la ya mencionada tradición. El propio subtítulo del trabajo, *Arqueología de la sucesión presidencial en México*, arroja pistas sobre el espacio temporal y la metodología en la que se cimenta la obra. Partiendo del pasado, el autor busca

compilar los rasgos sobresalientes del proceso sucesorio, aunque renuncia voluntariamente a la aventura de establecer una clasificación decidida y sistemática de los mismos. En su defecto, el lector se encuentra con un más que discutible binomio sucesorio –el «destape» por elección o por descarte– que hace las veces de incipiente tipología. Poco es lo que ello nos aporta en términos conceptuales –tampoco lo pretende Castañeda– aunque sirve para ejemplificar, sobradamente, la evolución por la que ha atravesado la sociedad mexicana en los últimos decenios y, con ella, su sistema y régimen político. Las palabras de los mandatarios nos van iluminando sobre los cambios en la influencia que las distintas áreas de la administración pública han tenido en el sentir político de los diversos presidentes. La obra evidencia cómo el paso del tiempo va reduciendo la presencia de los encargados de la «gobernación» política del país en favor de los responsables de la «gobernación» económica entre los aspirantes a la sucesión presidencial. De igual forma, la familia va trasladando a los círculos de los colaboradores más cercanos a la presidencia su peso como elemento informal en el proceso de toma de decisiones. Así, lo que en esencia pareciera una tradición inmutable, en el trabajo de Castañeda se nos exhibe a los ojos como un elemento vivo. Sujeto a cambios de forma, las transforma-